

el bosque de cañas era una travesía; se encontraban de nuevo las altas hierbas y por la noche se oía muy claramente el ruido del río cuyas aguas corrían precipitadas.

—¡Podemos detenernos!—dijo el jefe de expedición.

Se arrancaron algunos metros cuadrados de hierba y extendióse sobre el suelo una de las cubiertas llevadas por el señor Josselin, pues otra servía para envolver á Zézette que tiritaba.

En cuanto á los dos hombres y á Pamela se arreglaron como pudieron.

La temperatura era fresca y por esta razón durmieron con sueño de plomo. Zimbo se despertó el primero por los ladridos de «Turco» que daban signos de un gran furor.

Era ya de día, el negro cogió su carabina y con su ojo de lince escrutó las proximidades.

Repentinamente oyó como un crujido en las cañas y á través de la bruma matinal vió una figura negra bien pronto seguida de otras tres, escalar un montículo aislado que semejante á un arrecife se hallaba en medio de la vegetación desecada.

No necesitó mucho tiempo para reconocer á los Blackbaern y sus dos ayudantes.

Estos no habían aún vislumbrado á los fugitivos, pero no había para qué pensar ya en la huida.

Zimbo despertó á sus compañeros y los agrupó detrás del caballo que les iba á servir de muralla.

De repente un triple ¡hurra! partió del montículo.

—¡Rendíos, miserables! dejadnos el saco y tendréis salvada la vida!—murmuró Jim Blackbaern.

Zimbo respondió mostrando el puño:

Ante la actitud de los fugitivos los bandidos comprendieron que no obtendrían fácilmente que lo deseaba.

A guisa de advertencia, y para manifestar sus intenciones, Swani apuntó con su carabina.

Una detonación resonó y el caballo herido en el corazón cayó como una maza.

—¡Poned á la niña al abrigo y procurad detenerla dos minutos!—exclamó Zimbo tocando el eslabón que no dejaba nunca.

Ya el señor Josselin había agazapádose contra los costados del caballo muerto.

Y agachándose apuntó á uno de los bandidos y disparó el primer tiro.

Swani que continuaba atacando á los que, él creía ya víctimas, hizo una pirueta, intentó refugiarse en las malezas y rodó.

—¡Uno menos! ¡Que el infierno reciba su alma!—dijo Zimbo.

A su alrededor los hermanos Blackbaern y el señor de Blaisois disparaban.

Zimbo sintió la impresión de un golpe de maza que le apaleaba la espalda, pero acurrucado como siempre, continuaba excitando su eslabón.

Saltaron chispas, una humareda blanca y nauseabunda se elevó.

Y en el momento en que los tres bandidos sobrevivientes apresurábanse á vengar la muerte del contramaestre, grandes llamas surgieron.

Del océano de cañas habíase formado un océano de fuego.

Los tallos desecados ardían como la paja, las llamas se propagaban con una rapidez espantosa é incendiábase el cañaveral en toda su extensión.

El viento soplabá del Nordeste y dirigía el torbellino incendiario en la dirección de los Blackbaern cuya situación, á menos de una rápida retirada, iba siendo peligrosa.

Dos disparos partieron aún del montículo, pero protegidos por el opaco vapor que les ocultaba completamente, á ninguno de los fugitivos alcanzó.

Oyose entonces una espantosa blasfemia y esto fué todo.

—¡Que se arreglen como puedan!—exclamó Zimbo conteniendo la sangre que corría á caños de su espalda herida por la bala de uno de los bandidos.

Sin pensar en sí mismo, marchó hacia el señor Josselin.

Pero ¡ay! que éste se revolcaba en el suelo, pues una bala le había atravesado la pierna.

—¡Ah, malditos!—murmuró Zimbo—. Ojalá hayan quedado en la hoguera que acaba de encender.

—¡Zimbo! ¡Demos gracias á Dios! la pequeña está sana y salva.